

Notas y Documentos

CONFERENCIAS DEL SEÑOR ENRIQUE MOLINA EN SERENA

DISCURSO DE PRESENTACIÓN DE DON JORGE MIRANDA HERRERA

Invitado por el Ministerio de Educación Pública y por el Ateneo de La Serena, el señor Enrique Molina dió en la capital del Norte Chico tres conferencias que se llevaron a cabo el 8, el 12 y el 13 de marzo sobre el tema general de «*Problemas del destino humano, del progreso y de la cultura*».

Las conferencias se desarrollaron conforme al siguiente programa:

Viernes 8.—I. Breves palabras sobre la Universidad de Concepción.

Del sentido de la vida y del progreso como expresión de este sentido. Impugnadores del progreso y crítica del pesimismo.

De la idea nueva como germen de todo progreso y del contenido espiritual que éste debe tener.

Martes 12.—II. Causas y modalidades del progreso.

El Imperialismo y nuestro trabajo. Ética del trabajo.

Del Carácter, de la santidad en general, de la santidad laica y del heroísmo.

Miércoles 13.—III. Del Concepto de espíritu y de sus diferentes formas. Espíritu personal espíritu objetivo y espíritu objetivado.

De los valores.

Conceptos de cultura y civilización. De un nuevo humanismo como instrumento de cultura.

En las tres conferencias el amplio y cómodo Salón de Actos del Liceo, lugar donde se verificaron, se vió totalmente ocupado por una selecta concurrencia.

La primera conferencia fué amenizada por cuatro números de excelentes coros polifónicos hábilmente dirigido por el joven artista señor Jorge Wáshington Peña; la segunda por un trío de violín, violoncelo y piano compuesto por los señores Ernesto Geschkat y Alfredo Steel y la señorita Silvia Peña Hen, que ejecutaron piezas de Beethoven y Schumann; y la tercera por la señorita Orita Ocampo que cantó en forma magnífica la Canción de Solveig y una Elegía.

En la primera velada el Rector del Liceo, don Jorge Miranda Herrera, dió un cordial saludo de bienvenida al conferenciante con el siguiente bello discurso:

«Discurría el rectorado del literato y educador español don Rafael Minvielle.

El octavo decenio del siglo XIX entraba alegre y parlero por el ancho zaguán del Colegio en una ronda de muchachos venidos de solares esparcidos por valles y sierras de toda la Provincia. Entre ellos llegaba un muchachito esbelto, simpático y cenceño, de ojos vivos e inteligentes y de modales suaves y afectuosos. Era el más pequeño, talentoso y juguetón del grupo. Su nombre emerge con resplandor espiritual de entre las sombras cernidas por los años sobre el glorioso pasado del Liceo, de ese pasado que se agarra a la tinta de libros polvorientos, se esconde en los rincones de las salas de clases y de estudios, y vaga por los amplios corredores, y que, al conjuro de la misma campana amiga, se levanta en la imaginación de los ex-alumnos con detalles tan vivaces que parece que el tiempo descansara al abrigo de los muros del Colegio.

La neblina matinal empieza a dorarse y desleirse en el azul, al sol del mediodía. El niño de que os hablo sale corriendo de esta casona familiar; una distinción unánime en Historia de América y de Chile lo colma de alborozo. Qué bella y novedosa es la calle del Colegio para él: las casas le sonríen, el mar a la distancia lo saluda y la iglesia colonial de todos los días lo espera en la esquina de San Agustín con sus viejas piedras que lo miran y lo elogian. Inquieto de emoción vuela a su hogar a compartir su alegría y a soñar quizás en los años por venir, prometedores de éxitos y recamados de honores. Hermosa es la Villa y hermosa la mañana del 22 de diciembre de 1883.

He querido en esta ocasión solemne y de júbilo para el Ateneo del Liceo de Hombres de La Serena, coger este momento delicado y sentimental, perdido en el recuerdo, para presentarlo, con el saludo más cariñoso y gentil, en ofrenda de admiración y de respeto, a su dueño, don Enrique Molina Garmendia.

La obra de don Enrique Molina es tan vasta, intensa y trascendente para la cultura de estas tierras hispánicas, tan conocida dentro y fuera del país, que no voy a cometer el desliz de hacer un bosquejo a la ligera en la brevedad de un saludo.

Su alada y armoniosa personalidad moral e intelectual es también demasiado conocida. Sólo anotaré que ella arranca de este Colegio Centenario, como alumno sobresaliente, para ir a distinguirse en los bancos del Instituto Pedagógico y del Curso de Derecho, prestigiar una Cátedra del Liceo de Chillán, brillar en las Rectorías de Talca y Concepción, y actualmente dictar lecciones de Filosofía de resonancia americana, elevando su figura, en ansia de altura espiritual, como el ágil campanil de la Universidad que debiera llevar su nombre, por ser su fundador, su inspirador y su ánima.

Federico Nietzsche al pintar varios caracteres, pensó seguramente en alguien como don Enrique Molina, cuando dice: «Otro es el rico en simpatía que en todas partes gana amigos,

recibe con sentimientos de amor cuanto crece y se desarrolla, goza con los hombres y los éxitos de los demás, y no pretende conocer el sólo la verdad. Este es un hombre que avanza hacia una cultura más alta».

Termino agradeciendo a nuestro querido comprovinciano y amigo, a nombre de su Colegio, del Ateneo y de la ciudad de La Serena, en la forma más afectuosa y cordial, la deferencia que ha tenido de llegar hasta nosotros, trayendo un ciclo de Conferencias, como quien trae un regalo y una fiesta para nuestros espíritus».

El señor Molina, que en la primera de sus conferencias expresó sus agradecimientos al señor Ministro de Educación Pública don Juan Antonio Iribarren y al Ateneo de La Serena por sus invitaciones para ir a dictarlas, les puso término despidiéndose del numeroso público asistente con las siguientes palabras:

«Hemos llegado al término de estas jornadas para mí inolvidables. Deseo que no hayan salido defraudados al venir a escucharme. Si con mis palabras no os hubiera traído ninguna novedad que significara mayor información y sobre todo, como quisiera, alguna satisfacción, alguna confianza, algún aliento espiritual, la apertura de algún mirador para ver dimensiones imprevistas del mundo y de la personalidad humana, quisiera por lo menos que mi pura intención de volcar en vuestras almas lo mejor de mi espíritu perdurara en nosotros como una esencia de mi afecto y de mi buena voluntad.

Que lleguemos al término os parecerá a vosotros con razón muy natural. A mí también me lo parece, pero este momento lo miro con pesadumbre, y qué pesadumbre. Veis que no me faltarían deseos de seguir abusando de vuestra paciencia. Pero hay que decir adiós. Así, amigos míos, mil y mil gracias por las horas que me habéis ofrecido para disfrutar de vuestra compañía y que no sólo las nubes, como reza la leyenda de una condecoración china, sino el cielo y todo en esta ciudad que tanto amo os sea siempre propicio».

REFIRIÉNDOSE A LAS CONFERENCIAS DEL SEÑOR MOLINA. EL RECTOR DEL LICEO DE LA SERENA ENVIÓ AL SEÑOR MINISTRO DE EDUCACIÓN PÚBLICA LA SIGUIENTE NOTA:

La Serena, 30 de marzo de 1946

Señor Ministro:

Tengo el agrado de poner en conocimiento del señor Ministro que el señor Rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina G., dió un Ciclo de Conferencias en el Ateneo del establecimiento de mi dirección, los días 8, 12 y 13 del mes en curso, Ciclo de Conferencias que fué auspiciado por el Ministerio a su digno cargo.

Los interesantes temas que abordó el señor Molina, fueron los que se indican en el programa que me permito enviarle adjunto.

Las Conferencias del señor Molina constituyeron el mayor éxito cultural que haya tenido lugar en la ciudad de La Serena. El Salón de Actos del Colegio se vió lleno de un público que siguió con mucha atención y hasta con recogimiento las brillantes exposiciones del eminente Rector de la Universidad de Concepción.

La ciudad de La Serena, el Ateneo y el Colegio de mi dirección quedan muy reconocidos de la acertada iniciativa de ese Ministerio por auspiciar en provincias estas extensiones culturales de verdadera seriedad.

Saluda atentamente al señor Ministro.

(Fdo.).—JORGE MIRANDA HERRERA.